

## **DOMINGO XV – ORDINARIO (CICLO A)**

**Isaías 55,10-11.**

*La lluvia hace germinar la tierra.*

**Salmo 64.**

*La semilla cayó en tierra buena y dio fruto.*

**Romanos 8,18-23.**

*La creación expectante está aguardando la plena manifestación de los hijos de Dios.*

**Mateo 13,1-23.**

*Salió el sembrador a sembrar.*

### **COMENTARIO A LAS LECTURAS**

---

El Evangelio de este domingo nos presenta una de las parábolas más conocidas de Jesús: *la parábola del sembrador*. Es una enseñanza sencilla, tomada de la vida cotidiana, pero de una profundidad inmensa. En ella Jesús nos habla de Dios, de su Palabra y de nuestro corazón.

San Mateo nos cuenta que Jesús salió de casa y se sentó junto al mar. La multitud era tan grande que tuvo que subir a una barca para enseñar. La imagen es hermosa. Jesús utiliza una sencilla barca como cátedra. Desde allí proclama la Palabra de Dios.

No es un detalle sin importancia. Antes de multiplicar los panes, antes de curar enfermos o realizar milagros, Jesús enseña. Porque sabe que la mayor necesidad del hombre no es solo el pan material, sino la verdad que ilumina el corazón. También hoy Cristo sigue enseñando desde la "barca" de la Iglesia. Cada domingo nos reúne para hablarlos. Por eso la liturgia de la Palabra no es un simple preámbulo antes de la Eucaristía; es el mismo Señor quien nos habla.

Muchas veces dedicamos horas a escuchar noticias, comentarios, tertulias o mensajes de todo tipo, pero apenas unos minutos a la Palabra de Dios. Sin embargo, sólo esa Palabra tiene capacidad para transformar nuestra vida.

Como decía el profeta Isaías en la primera lectura, la Palabra que sale de la boca de Dios no vuelve vacía, sino que realiza aquello para lo que fue enviada.

Jesús enseña mediante parábolas. ¿Por qué lo hace así? Porque las parábolas hablan al corazón. No son definiciones abstractas. Son historias tomadas de la vida real: un sembrador, una semilla, un campo, una red, una oveja perdida...

Con ellas Jesús invita a pensar, a entrar en la historia y a preguntarnos: "¿Dónde estoy yo?". La parábola no obliga. Sugiere. Abre una puerta para que cada uno descubra la verdad. Por eso algunos escuchaban a Jesús y cambiaban de vida, mientras otros escuchaban las mismas palabras y permanecían indiferentes.

El sembrador es, ante todo, Jesús mismo, quien recorre los caminos del mundo sembrando la semilla de la Palabra. Y llama la atención la generosidad con que siembra. No calcula demasiado. No selecciona previamente el terreno. La semilla cae junto al camino, entre piedras, entre zarzas y también en tierra buena.

Así es el Señor. No se cansa de sembrar. Sigue sembrando incluso donde parece que no hay esperanza. Sigue hablando al que se ha alejado. Sigue llamando al que le rechaza. Sigue confiando en nosotros incluso cuando nosotros hemos dejado de confiar en nosotros mismos.

También la Iglesia participa de esta misión. Cada cristiano está llamado a sembrar: sembrar fe, esperanza, caridad, reconciliación y alegría. No nos corresponde controlar los resultados. Nuestra tarea es sembrar con fidelidad.

A nosotros nos queda ser tierra buena. La gran pregunta de la parábola no es quién siembra, sino qué tipo de tierra somos nosotros.

Jesús describe varios terrenos. Está el camino endurecido, símbolo de quien escucha sin dejar que la Palabra entre en su corazón. Está el terreno pedregoso, que recibe la Palabra con entusiasmo pasajero pero abandona cuando llegan las dificultades. Están las zarzas, que representan las preocupaciones excesivas, la búsqueda del bienestar, el egoísmo y tantas cosas que terminan ahogando la vida espiritual.

Y finalmente está la tierra buena. La tierra buena no es la tierra perfecta. Es la tierra que acoge la semilla, la guarda y la deja crecer. Ser tierra buena significa: escuchar con atención; meditar la Palabra; ponerla en práctica; perseverar cuando llegan las dificultades; dejar que transforme nuestras decisiones.

La cuestión decisiva de cada Eucaristía no es si la Palabra ha sido proclamada, sino si ha encontrado espacio en nuestro corazón. Porque una semilla guardada en una bolsa no produce fruto. Sólo fructifica cuando cae en una tierra abierta y disponible.

Pidamos al Señor que arranque de nosotros las piedras de la superficialidad y las zarzas de las preocupaciones que ahogan la fe. Y que nos conceda un corazón dócil y generoso, una tierra buena donde la Palabra pueda crecer y dar fruto abundante.

## **SUGERENCIAS PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR**

---

Expón lo que te haya llamado más la atención de las lecturas, después de haberlas leído y reflexionado antes de la reunión.

Hoy el Señor nos invita a hacernos estas preguntas: ¿Escucho verdaderamente la Palabra de Dios? ¿Qué tipo de terreno encuentra Cristo en mi corazón? ¿Estoy dejando que la semilla produzca fruto?

## **PIENSO, REZO Y ESCRIBO MI COMPROMISO PERSONAL**

---

---

---

---

---